

## El te(x)tamento de Orlando<sup>1</sup>

Anduvo entre libros, se movió con irreverencias en las aulas universitarias, atravesó caminos de Barinas y de los Andes, por el piedemonte y al borde cristalinas quebradas: buscó maestría en filólogos como Rosenblat y esteticistas como Crema, tan contrarios a sus revolcones interiores; cayó de pronto en el periodismo casi por un decenio y la aventura lo lanzó a la cárcel; combinó como quiso la economía con las letras y el profesorado con bohemia redentora, y fue galante y a la vez grosero, enojadizo hasta la rojez y alegre y generoso hasta el despilfarro.

Nuestra amistad nació rápida y encendida, como un fósforo vital, en la Gran Taberna, donde oficiaba Begoña en el buen servir y Hugo Baptista teclaba boleros en un piano sobreviviente. Pisos arriba quedaba la oficina (en singular) de *El Venezolano*, diario estándar que al fin el PCV había logrado editar (aunque sólo durara cinco meses) y allí apareció él, al lado del silenciario Mata Zavala, y la dio por inventar un seudónimo, en alianza con Domingo Alberto Rangel, muy de la picaresca política, nada menos que aquel *Bachiller Raymundo González*, que un año más tarde compartiría con Federico Álvarez, el adusto, racional y brillantísimo catedrático de periodismo interpretativo.

Llegó a mí como compañero de viaje y lo fue (pese a cierto interludio de los años 70, cuando él circulaba por los sitios profanos de la República del Este) hasta los finales de su vida cuando decidimos, con fracaso estruendoso, reencontrarnos en una hoja impresa y en una militancia (en el Partido Comunista agónico) que en mí era pura lealtad al pasado irrenunciable y en él un desafío póstumo a aquellos que, siendo

---

<sup>1</sup>Artículo publicado en la Revista Nacional de Cultura, N° 314, Año LXI, 2000.

valientes, temían ir al cadalso histórico en los momentos de la definición postrera.

A la etapa de *El Venezolano* siguió la de *La Extra, Qué pasa en Venezuela* y *En letra roja*, diario, semanario y quincenario donde nuestras vidas se entrelazaron en red prodigiosamente cotidiana. Trina, su mujer, y Valoz, un copiloto existencial que venía de Catia, y Orlando y yo, hicimos del periodismo una fiesta. Orlando había roto con un futuro de buen burgués, *asesor de Fedecámaras*, dejado a la Universidad e ingresado al barrio de lo desconocido por callejuelas de solidaridad. Se sentía deslumbrado.

De la prisión en el viejo cuartel —hoy Museo Militar— salió con un libro, enfoque tan profundo como duro, de Díaz Rodríguez, con el cual después reconoció ser deudor de una excusa. Metódico dentro de una personalidad creadora escindida, las fichas sobre el autor de *Ídolos rotos* (acumuladas con otras sobre crítica literaria, lenguaje, tendencias) se las llevó Trina al San Carlos, y él armó pronto el rompecabezas, en tanto la suya se rompía fraguando las páginas de *Venezuela violenta*. Eran tiempos de guerra, palabra demasiado grande para destino tan pequeño y Orlando (me decía) quería detectar origen y curso de esa violencia. Tarde salió de imprenta, cuando ya nos encaminábamos a otra aventura, el quincenario *Deslinde*. Días de fuego universitario aquellos, con la renovación, y de antorchas que alumbraban (o pretendían alumbrar) nuevos mundos. Checoslovaquia, poder joven, contestación, socialismo con rostro humano.

Al término de esta tercera etapa, cuyo signo terrible fue la división del Partido Comunista, Orlando se refugió en San Antonio de los Altos, de donde saldría controversial visión crítica sobre la narrativa contemporánea venezolana, y enyugó este proyecto con su paso por la Escuela de Letras en efervescencia. Yo volví, como nunca, al periodismo plagado de seudónimos, e inicié el prodigioso encuentro con Oscar Guaramato, que era como decir el trato diario con un enigma. Guaramato fue mi tercer

compañero de viaje en esas imaginarias caminatas donde se mezclan literatura, alcohol y existencia. El segundo había sido Orlando, en tanto el primero, *Tribuna Popular* de por medio, había sido José Vicente Abreu. Y los tres (Orlando, Guara y José Vicente) habrían de morir el mismo perro año de 1987.

Antes, preaviso al que atendió tanto como a un semáforo en amarillo, fue aquello de la internación en la clínica Santiago de León. Y otra vez, como en otras reclusiones, otro libro: *Crónicas de caña y muerte*. Texto especular, espejo donde la palabra es el doble de la vida. En él, Orlando nos dejó el film verbal de su vida, pasivos y pasiones descontados y contados.

Finalmente, los textos (*testamentales, textamentales*), con la muerte como juego que guarda siempre su última baraja, y con sus hijos, sus amigos, su familia y Trina, que tanto lo ayudó en el trinar. Cierro con terceto que me seduce y estremece:

*No tengo más que dar ni que pedir  
me queda el latifundio de la muerte  
y tengo por pasado el porvenir.*